

DOSSIER

Oscar Terán

Lecciones de un moderno intenso_El río sin orillas

Oscar Terán y la historiografía socialista de las ideas _ Omar Acha

Pasajes y fronteras_María Pía López

Tentativas sobre una obra de Oscar Terán _Javier Trímboli

Oscar Terán, un pensamiento en huida_Matías Farías

DOSSIER

LECCIONES DE UN MODERNO INTENSO

POR El río sin orillas

Un viernes bien temprano a la mañana, en noviembre del año pasado, varios de nosotros, como producto de una acción conjunta obviamente no premeditada, abrimos la casilla de correo electrónico de la revista en un lapso de tiempo casi sincrónico. Rápidamente nos encontramos con una novedad que nos dejó atónitos, apenas leímos el nombre del remitente del primer mensaje del día: era Terán, que nos pedía un ejemplar y enviaba las felicitaciones correspondientes por el emprendimiento. No tardamos mucho, después de esta gratísima sorpresa, en encontrarnos con él para darle el ejemplar solicitado y empezar a perfilar juntos una entrevista para el segundo número, a la que accedió sin problemas.

La historia de este Dossier está ligada con el carácter trunco de esa entrevista, pero lo está aún más con aquellos motivos que hicieron que dicha mañana fuera especial; y es que para muchos de nosotros Terán constituye una figura central, por el hecho de que sus clases marcaron a fuego a aquellos integrantes de la revista que pasaron por las aulas de Puán, como así también por la creencia compartida de que en su obra se calibran algunas de las interpretaciones más sugerentes de la historia política y cultural argentina.

Por eso este Dossier quiere dar cuenta de ese interés. Se inscribe así en la serie de acciones que en este año se propusieron evocar la figura de O. Terán bajo la modalidad del homenaje, el recordatorio y las notas alusivas, entre ellas: las notas que en el mes de marzo Sarlo y Altamirano publicaron a través del diario *La Nación* y *Página/12* respectivamente, y en las que destacan un rasgo distintivo de Terán: la combinación en iguales dosis de solvencia intelectual y compromiso ciudadano; el homenaje realizado en mayo en el Seminario de "Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura", rebautizado a partir de allí con su nombre, como reconocimiento a quien había sido uno de sus mentores, además de haber estado a cargo de su dirección; la nota ya más reciente aparecida a mediados de septiembre en *Página/12*, apenas publicado su –notable– libro póstumo "Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones

iniciales, 1810-1980", en la que S. Frieria, con la ayuda de A. Gorelik y E. Jozami, recorre aspectos significativos de esta vida intelectual plasmada en diversas obras, investigaciones y horas de clase, nota que se completaba, además, con una sentida intervención a cargo de Martín Bergel ("Lecciones de un profesor"), en la que se evocaba con justeza el carácter único que tenían sus clases; por último, el homenaje que tuvo lugar recientemente en el Centro Cultural Rojas (UBA), en el que participaron E. Jozami, T. Halperin Donghi, O. Acha y A. Gorelik.

Homenaje que se inscribe entonces en una serie de intervenciones que ofrecen un reconocimiento merecido a un legado intelectual singular, la conformación de este Dossier finalmente cobró impulso también a partir de la idea de que dicho legado permitía demorarse una vez más en la historia argentina reciente. En efecto: ¿cómo no interpretar en este sentido la imagen sumamente lograda con la que O. Acha, en "Terán y la historiografía socialista de las ideas", menta la figura de Terán como aquel Diego Alcorta contemporáneo que sostiene en penumbras la llama de una tradición, la socialista, acechada por la barbarie? ¿Cómo no inscribir sino en esta trama delicada esa discusión que M. Pía López y J. Trímboli mantienen casi en secreto en torno al papel que el miedo oficia a la hora de salir al rescate, en medio de las ruinas, de los tesoros de una cultura, la nuestra? ¿Cómo, finalmente, no ubicar sino en estas poco hospitalarias coordenadas este "pensamiento en huida" que M. Farias pretende rastrear para demostrar, justamente, que la estructura trágica que asumió dicho pensamiento difícilmente pueda disociarse de la sustancia misma de historia argentina reciente?

Porque nos ayudaron a pensar problemas cuya importancia es imposible relativizar, los miembros de esta revista agradecen enormemente los aportes producidos por O. Acha, M. Pía López y J. Trímboli para este Dossier. Y porque sin dudas vamos a extrañar la compañía de aquellos docentes y hacedores fundamentales de nuestra cultura que, como O. Terán, han dejado una huella que es preciso indagar para saber un poco más de nosotros mismos, nos parece apropiado aquí dejar testimonio del deseo que sostuvo en última instancia la confección de este Dossier, deseo que los integrantes de **El río sin orillas** compartimos y sabemos bien que, no sin esfuerzo, se cumple: que en cualquier lugar de este país, y en cualquier nivel educativo, las nuevas camadas de estudiantes que pasen por ese valioso invento argentino que es la escuela pública, tengan lo que nosotros tuvimos: un docente que enseñe bien, muy bien, y que los ayude armar su propia biblioteca; alguien a quien puedan admirar y con quien puedan también pelearse, aunque sea imaginariamente; alguien que sepa, en fin, transmitir una pasión, la pasión por nuestra propia historia, aun-

que a veces lo haya hecho desde una enunciación distante, tal vez porque así lo exija la pasión que hay que transmitir, tal vez porque ése sea el único modo de retenerla como pasión.

Oscar Terán nació en Carlos Casares en el año 1938 y falleció en marzo de este año. Durante los años 60 y 70 militó en diversas organizaciones estudiantiles y de base del marxismo revolucionario y dejó su huella en valiosos artículos que fueron publicados por las revistas *La Rosa Blindada*, *Siglo y Medio* y *Los libros*. En 1976 siguió el camino de muchos argentinos en el exilio y un año después se establece en México; junto con Aricó, Portantiero, Schmucler y Casullo (entre otros), conformaron una revista que anticipó muchas de las discusiones venideras: *Controversia*. Ya de regreso a la Argentina, se integró al comité editor de la revista *Punto de Vista* y fue uno de los fundadores de *Prismas*, revista de historia intelectual editada por la UNQ.

Entre los años 80 y nuestros días se ubica su producción intelectual más profusa, entre la cual se destaca: *Aníbal Ponce: el marxismo sin nación* (1983), *Discutir Mariátegui* (1985), *En busca de la ideología argentina* (1986), *José Ingenieros: pensar la nación* (1986), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo* (2000), *De utopías, catástrofes y esperanzas* (2006), *Para leer el Facundo* (2007), y el más reciente *Historia de las ideas en la Argentina* (2008). Pero tal vez aquel libro insoslayable que es *Nuestros años sesentas* (1991) sea el que mejor resume la importancia de este itinerario; las últimas líneas del texto, que constituyen toda una invitación para leer su obra, muestran además todo el estilo de su escritura: "y sin embargo, en el momento mismo de cerrar este texto me sigue sorprendiendo que aquellos 'nuestros años sesentas' –cuestionada su teórica y vapuleadas sus utopías– puedan seguir convocándome no sólo para revelar la infinita distancia que cabe en la delgada lámina histórica de unos pocos años. También para indicarme que una parte de nuestro mejor legado intelectual sigue aún viviendo de las intervenciones teóricas de aquel tiempo, y para recordarnos que sus puntos ciegos ante una serie de actitudes estrechamente ligadas con la tolerancia y la democracia no deberían ocultar que les debemos la promoción de algunos valores que deben seguir figurando entre las aspiraciones de una sociedad digna de ser vivida: la fecundidad de la crítica hacia el poder, la apuesta por un mundo más justo, la solidaridad entre los seres humanos. Y porque, en definitiva, quien en aquellos años conoció la esperanza, ya no la olvida: la sigue buscando bajo todos los cielos, entre todos los hombres, entre todas las mujeres..."

DOSSIER

OSCAR TERÁN
Y LA HISTORIOGRAFÍA
SOCIALISTA DE LAS IDEAS

POR Omar Acha

El objetivo de este ensayo es situar a Oscar Terán en el itinerario de la cultura argentina del siglo XX. La tesis fundamental asevera que su posición, sin duda compleja, se encuadra en la *historiografía socialista de las ideas*, una línea discontinua que brota con posterioridad a 1910 en los escritos de José Ingenieros y Alejandro Korn, refigura su cadencia después de 1940 en la producción de José Luis Romero, y aquilata los desafíos del último cuarto del siglo pasado en la obra de Terán. El atributo decisivo de la perspectiva historiográfica teraniana produce una cisura en esa tradición, pues plantea la interconexión entre las ideas y las relaciones de poder. Sin embargo, este sesgo nietzscheano nunca alcanza el extremo de yugular la esperanza en la iluminación crítica que las ideas reflexivas pueden proveer.

La fortuna de esta propuesta se decide en si logra elucidar las dimensiones capitales del pensamiento de Terán: la *política*, la *filosofía* y la *historia*. Así las cosas, postularé que el socialismo enhebra los tres campos mencionados en la trayectoria de una biografía intelectual.

I. Ideas y política

El fallecimiento de Oscar Terán (1938-2008) produce un vacío en la práctica de la historia de las ideas en la Argentina. No por el ejercicio de esa misma actividad historiográfica, que ya dispone de un "campo" de producción, en parte gracias a la tarea constructiva emprendida por un sector académico en el que Terán fue una figura clave. Lo que parece perderse con él es un perfil intelectual, hondamente calado por las contrariedades de la vida política y por el carácter contemporáneo de la historia.

Terán resistió la tentación del *alma bella* que cree disponer de sus propias reglas y deseos. Si bien no lamentó la destitución simbólica del intelectual que

habla desde la "totalidad totalitaria", alertó contra el conformismo de su desplazamiento por lo que Hegel llamó el "animal espiritual", enfeudado en el "gueto de la institución".

La condición intelectual de Terán no se llevaba mal con su incorporación al mundo académico argentino. Por el contrario, en las imágenes de sí mismo el rol de profesor fue ocupando un espacio cada vez más prominente. Es seguro que no hubiera aceptado el denuesto del quehacer académico como una faena burocrática o irrelevante. Pero tanto en su faceta docente como en su trabajo de investigación y escritura, Terán jamás abandonó el interés por el compromiso público de la palabra, que no es otra cosa que la inclinación definitoria de la condición intelectual.

Los textos que Terán nos ha legado están grabados por la experiencia política de los años 70 y sus reverberaciones en la etapa abierta en 1983. Más exactamente, en su obra se preguntó una y otra vez sobre los extravíos del activismo revolucionario, sea en las modulaciones teóricas, en las más ampliamente llamadas "ideas", o en la militancia organizada. Porque Terán había participado del clima radicalizado de los años 60 y 70, el hachazo brutal de la dictadura produjo una fractura liminar en su pensamiento por algo más que la indudablemente mortífera eficacia del terrorismo estatal. La gran pregunta que lo persiguió hasta el final fue la de cómo se construyó el mundo simbólico de una izquierda capturada por la violencia. En otros términos, inquirió por qué la política de izquierda fue hegemonizada por un ideologismo que conducía a la derrota, pero sobre todo, por qué el eventual triunfo deparaba estragos sin cuento. Sin duda, su pensamiento fue vigorosamente impactado por las revelaciones y sobre todo las caídas de los ideales que rodearon al archipiélago Soljenitsin. Terán vertió su problematización en diversos envases. La cuestión era siempre la misma: ¿cuál fue la *responsabilidad* de una milicia movida por los más desprendidos ideales que, sin embargo, participó en un clima bélico que segó tantas vidas?

Ante el derrumbe de la política y la teoría marxistas que la "prueba de la historia", según Terán, había dictaminado con los hechos setentistas, su búsqueda se abasteció pronto de conceptos distantes del lenguaje cultivado en una Facultad de Filosofía y Letras atizada por la radicalización contemporánea a ese terremoto ideológico que entrañó la Revolución Cubana. Aproximadamente desde 1980, su cuidado teórico estuvo ligado al interminable, y a veces exasperado, alejamiento del marxismo. Todavía enseña sobre esos tiempos la polémica sostenida con José Sazbón, otra reciente pérdida de la cultura de izquierdas.

El tema de la represión o aniquilamiento del otro (del diferente), lo condujo a una investigación de las matrices represivas que caracterizaron a ciertas

prácticas intelectuales. De allí que la asunción de los conceptos foucaultianos gozara de una indudable fascinación, pues las elaboraciones del filósofo francés ofrecieron a Terán una nueva versión de la crítica radical, que a la vez que detectaba los dispositivos de poder articulados con el saber, los situaba en un desarrollo estatal de larga duración. En ese proceso, lo fue comprendiendo con creciente claridad, anidaba la caldera demoníaca –son sus términos– que consumiría a una generación.

Foucault permitía estudiar propiamente las funcionalidades del conocimiento con las tramas del dominio, sin reducir aquellas a meras expresiones de un interés (de clase, por ejemplo) más fundamental. Así pertrechado, Terán emprendió el trabajo de interpretación que inauguró su consagración académica. Produjo el todavía imprescindible estudio sobre José Ingenieros (1979, 1986). Luego avanzó sobre las obras de Aníbal Ponce (1983) y José Carlos Mariátegui (1985), pero ya promediando los años 80 inició un cierto viraje de la adhesión a Foucault. En todo caso, esa época de entusiasmos socialdemócratas encontró a Terán junto a buena parte de la tropa intelectual que se había exiliado en México y a la que había permanecido en el país alrededor de la revista *Punto de Vista* (una discusión exhaustiva debería incluir a Terán en una tribulación generacional, pues la trayectoria de sus virajes político-intelectuales no fueron solamente suyos).

Una vez instalado en la Argentina e ingresado en el mundo académico, Terán diseñó un proyecto de largo aliento: seguir las huellas de "la ideología argentina". Entendía por esto una matriz nocional perdurable, múltiple y cambiante pero reconocible en su persistencia en el tiempo, de la "grandeza argentina" o de su "destino" de dominio. Siguió el camino de esta formación cultural en diversos cuadrantes, siempre ligados a su interés por la historia intelectual. En 1986 aparece una colección de excelentes ensayos, algunos de los cuales condensan argumentaciones antes desarrolladas en escritos más extensos, que tituló *En busca de la ideología argentina*. La modulación de *longue durée*, naturalmente para la comedita escala temporal argentina, inspira la colección de fuentes precedidas por estudios introductorios que dirigió en la Universidad Nacional de Quilmes.

En la breve "Presentación" del volumen de 1986, Terán establece un fraseo político-intelectual que ya no lo abandonará. Defiende entonces con extraordinaria concisión "el inalienable derecho de los hombres a modificar sus creencias". No sólo por el abandono del marxismo, que descuidaría los recovecos del poder, ni por el reconocimiento de un eclecticismo teórico incitador de un análisis más atento de la historia, sino por la persistencia de una voluntad de no

ceder en la crítica de una realidad que no debe ser tolerada. En efecto, el alejamiento de las “utopías” de los años 60 y 70 nunca legitima para Terán la adaptación a lo existente. Su camino ya no puede ser, empero, el de una reiteración, corregida, de las políticas revolucionarias adoptadas dos décadas atrás. Quiere “simplemente” transitar “ese difícil camino intermedio que se abre paso entre la voluntad palingenésica de los déspotas de la verdad y la tentación autoritaria de los amos del poder”. La aguda percepción de la “tragedia” de la historia le impide conceder en su trabajo el primado del empirismo y de la mera erudición.

Como se vio, el momento foucaultiano dio relieve al tema de la línea autoritaria en la ideología argentina, sobre todo en el terreno que condensa el genéricamente denominado “positivismo” del cambio de siglos XIX-XX, y su clave, menos atendida a un cuerpo doctrinal de interpretación, continúa desplegando efectos de lectura en su última obra histórica sostenida en documentación original: *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo* (2000). Allí es imposible dejar de notar su cuidado en calibrar las reverberaciones de la tendencia a destituir la dignidad del otro en Miguel Cané, en Ramos Mejía y en Ingenieros. Por eso, por una mayor apertura a la comprensión del otro, es que la imagen de Ernesto Quesada es con todo más benévola. Sobre él concluye diciendo que los sueños de la razón científica no necesariamente engendran monstruos. Este examen descansa, no obstante, en otra convicción condicionada por los desoladores tiempos de la década de 1990. Porque, en efecto, los intelectuales del 1900 como Quesada son “transformadores” de su realidad y apelan al estado, Terán está dispuesto a otorgarles un mayor crédito que el imaginable desde un pensamiento que ve en las atribuciones estatales una forma llana de la dominación instrumental. Precisamente en este punto, Terán se permite abandonar las adscripciones demasiado solemnes a un foucaultianismo dogmático.

No obstante, la línea fundamental del interés intelectual de Terán es el examen de los ingredientes ideológicos –éste término cada vez más despojado de coloraciones marxistas– que hicieron a la izquierda intelectual posterior a 1955 una faceta del tobogán hacia la muerte que alcanzó su clímax con la dictadura militar. Terán jamás deja de subrayar el salto cualitativo del terrorismo estatal, y clausura cualquier camino hacia una lógica de “dos demonios”. Le interesa una dimensión de los antecedentes de una violencia inmoderada, que pasó a ser un rasgo adicional de la “ideología argentina”. Recuerda así la indicación de Julio V. González, en *El juicio del siglo*, sobre “el espíritu de discordia entre los argentinos”. Su intención no es descubrir una esencia cultural perenne e inmodificable. Por el contrario, se trata de describir las modulaciones y exacerbaciones hacia la hecatombe de una idea confusa pero, quizá por eso

mismo, eficaz. De las investigaciones movilizadas para esclarecer ese tema surge su ampliamente conocido estudio *Nuestros años sesentas* (1991), donde produce un relato que lo sorprende por la tentación de postular una historia decidida de antemano. Entretanto dedica trabajos al positivismo, a los escritos póstumos de Alberdi y a las transformaciones culturales del período 1880-1930.

Los últimos años de su actividad historiográfica son empleados en la preparación de amplios frescos de la historia de las ideas en la Argentina, en los que ensaya síntesis que cree necesarias para reordenar el panorama enriquecido luego de dos décadas de estudios monográficos. Sus textos principales son el capítulo con que contribuye al volumen *Ideas en el siglo* (2004), y la recopilación de sus clases de “pensamiento argentino” (2008). En los últimos meses, cuando aún no sabe de la enfermedad destructora, Terán proyecta una investigación colectiva sobre el populismo. Todavía late en su mente la pregunta por la peronización de la clase trabajadora, cuestión fundamental de la politización de su inteligencia en la época de estudiante.

Recuerdo vivamente el relampagueo en sus ojos mientras proponía indagar la cuestión del populismo. Quién sabe si no lo hacía con la misma sed de saber que lo atenazó cuando, de joven, acariciaba las gavetas de la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, creyendo que en esas miles de páginas dormitaban los jeroglíficos de la verdad.

Quiero concluir este fresco inicial del pensamiento de Terán subrayando las huellas de la filosofía y la vocación intelectual (el tema de la historia será el objeto preferencial de la próxima sección). Su formación universitaria es filosófica, pero su entusiasmo de saber y leer es historiográfico. Como Foucault, encuentra en los materiales históricos una oportunidad para elaborar la resistencia de las prácticas ante la soberbia de las teorías, y un impulso para la reflexión. En sus últimos lustros, se hace cada vez más escéptico hacia las doctrinas compactas, pero su versación filosófica mantiene viva la contención ante cualquier empirismo ingenuo. En el prefacio de su *Vida intelectual* destaca su método de trabajo compuesto por un citado profuso, de manera que las producciones intelectuales se tornen legibles en “su propia letra” y no fuercen la diferencia con nuestras prevenciones culturales. Sin embargo, atina a señalar que la historia intelectual “no tiene más remedio que producir mecanismos interpretativos para producir significados”. Esta dimensión teórica que habita el pensamiento de Terán refracta una carga “filosófica” de su idea de la historiografía.

En sus textos últimos, Terán dedica una particular atención al tema de la memoria social y a la política del recuerdo. Como en un principio lo fue el “implacable” peronismo de la clase obrera argentina, y más tarde la Revolución

Cubana, la crisis del socialismo y la desventura de la democracia liberal fundada en 1983, en los alrededores del 2000 la obra intelectual de Terán es atravesada por la polémica cultural que suscita la interminable (y retardada, si es que no *sinistra*) eficacia del terrorismo estatal, la desaparición de personas y, una vez más, la sustitución de la política por la guerra. A estos temas acompañan sus textos preparados para la difusión general la defensa de la igualdad. En tal demanda late aun un socialismo no marxista, moderado, que propugna, si no las respuestas dadas por el pensamiento socialista revolucionario en el siglo XX, sí las denuncias contra la injusticia social y la opresión. Todos estos elementos están presentes en la recopilación de sus escritos breves y entrevistas que preparó en 2006: *De utopías, catástrofes y esperanzas*.

II. Oscar Terán, historiador socialista

Mas la cuestión del socialismo ajusta el nudo crucial al que deseo llegar, a saber, el de su eficacia en el quehacer historiador. Pienso que Terán encuentra su posición en la historia de la historiografía argentina dentro de la vertiente histórica socialista, heredera crítica de obras como las de José Ingenieros, Alejandro Korn y José Luis Romero, todos ellos de uno u otro modo ligados al socialismo. Aunque todos los nombrados, salvo Terán, fueron alguna vez afiliados del Partido Socialista, la referencia política aquí elaborada es más bien cultural que organizativa.

¿Por qué un plegamiento de la obra de Terán alrededor de la banderita socialista captura el núcleo de su praxis intelectual? Creo que deberíamos apelar a razones mejores a las más obvias, a saber, que Terán concibió su pensar primero, durante los años 60, en la forma del marxismo revolucionario, pronto en la tendencia a la acción ligada a la difusión de la Revolución Cubana, y mucho más tarde, transcurridas las aguas de la derrota, en un socialismo reformista que se hizo perceptible en su actuación en el Club de Cultura Socialista y, de acuerdo a la última expresión que yo conozca, en su reveladora propuesta de ver la elección de Hermes Binner para la gobernación de Santa Fe como un “domingo en la vida” de la grisalla política nacional. No son estas evidencias las que bastan para demostrar la coagulación socialista de la imaginación histórica en Terán, básicamente porque su escritura pudo haber seguido una huella independiente de estos posicionamientos quizá situacionales.

Me parece que la clasificación en el socialismo sería intelectualmente operativa si lograra penetrar en las razones del periplo teórico y narrativo esquematizado en la primera sección. No asevero que el socialismo de Terán constituyera

un bloque compacto, pero sí que resistió –demostrando su vigor– al alejamiento del materialismo histórico. En buena medida, su inclinación hacia la historia de las ideas, estampó tempranamente el surco de su labor. Pasemos de una vez al meollo del asunto.

El socialismo intelectual de Terán prosperó en las siguientes facetas de su producción: la preocupación por la larga duración, la conexión de las ideas con la sociedad, la evaluación del criticismo de las concepciones intelectuales, y finalmente, la vocación de divulgación, sostenida en la esperanza de una contribución del saber especializado al esclarecimiento público. Por motivos personales y académicos, tales características hallaron cuerpo en su obra historiográfica, aunque contamos también con escritos de corte teórico y algunas producciones ensayísticas. Dado el recorte propuesto, observaremos el núcleo de aquella obra en su contexto.

¿Cuáles son los rasgos que identifican a la historiografía socialista de las ideas en la Argentina? En primer lugar, la relevancia asignada a las ideas como tales, es decir, a su facultad para iluminar la realidad y orientar la acción en la confusión de los combates con fuerzas contrarias, propiciadoras de la reacción. En segundo lugar, un elitismo más o menos mitigado, que deposita en los intelectuales una importante cuota de la promesa de cambio, en oposición a las masas que no por democráticas son inexorablemente partidarias del porvenir. En tercer lugar, la crítica de los mitos. La dimensión simbólica de la acción sociocultural no invalida la necesidad de penetrar en las tramas que posibilitan dar cuenta de las funcionalidades y contrariedades de las representaciones cargadas afectivamente. Antes que sustancias cuya eficacia se debe reconocer, los mitos son formaciones discursivas a desentrañar. En cuarto lugar, una filosofía progresista de la historia que sostiene la promesa de un futuro venturoso, libre y democrático. Las contrariedades de la experiencia histórica no logran fracturar la esperanza de lo que el paso del tiempo tarde o temprano producirá: una sociedad ilustrada, igualitaria y liberal. Este ideario desconfió de las variantes más radicales y autoritarias de la izquierda, y se destaca claramente del populismo. Su relación con el marxismo es ambigua, pero la distancia con el leninismo y sus variantes es mayor.

La materia propiamente historiográfica de la perspectiva socialista reconoce la posicionalidad de los intelectuales en su tiempo. No se limita a destacar la forma de los conceptos o su nacimiento fuera de los contextos de emergencia. Esta es la razón de que apele a las nociones de “espíritu” o “época”, eludiendo la historia individualista. Sin embargo, se abstiene de sociologizar al extremo la práctica intelectual y elude explicar la producción de ideas en razo-

nes “profundas”, tales como la economía, las clases sociales o el estado, de las que dichas ideas serían expresión.

Como Ingenieros (1918 y 1920), Korn (1936, póstumo) y Romero (1946, 1976), Terán también midió las actuaciones intelectuales según la capacidad crítica de los pensadores bajo examen. Es cierto que tomó nota de la dimensión simbólica y política de las ideas, y también supo cuestionar la versión ingenua de la verdad. El resultado de esa evaluación a veces explícita y a veces muda se revela en la selección de los autores y en la inocultable distancia que lo separa de las elaboraciones más antidemocráticas, ciertamente, según un concepto de democracia prevenido por diques liberal-socialistas.

Terán como historiador socialista de las ideas no repite simplemente la cadencia teórica de una tradición compacta. De hecho, tampoco Romero escribió como Ingenieros y Korn. Mientras éstos trasvasaron en el idealismo postpositivista las dicotomías sociales e histórico-filosóficas de la Generación de 1837, sin romper completamente con ésta, Romero redescubrió las contrariedades nacionales a la luz de las urbes masificadas y el cuestionamiento del liderazgo de las élites. Para Romero la dialéctica entre civilización urbana y barbarie rural eran términos insuficientes si no se desplazaba la crisis cultural a la sociedad de masas. Por eso estableció una “Argentina aluvial” que Sarmiento apenas atisbó y que Korn e Ingenieros, a pesar de tenerla ante sus ojos, no percibieron como molde de sus preguntas en la historia de las ideas.

Los intereses de conocimiento que Terán abrevó en sus antecesores fueron numerosos. Sobre todo, adoptó dos temas del pensamiento de Alejandro Korn: las inquietudes por la ideología argentina y por la justicia social, cuestiones estrechamente asociadas por éste en su ensayo “Nuevas bases” (1925). Sin embargo, sería un error subrayar en demasía las continuidades. ¿Y entonces qué de nuevo introdujo Terán? Dicho de otra manera: ¿qué torsión histórico-conceptual justifica segmentar en Terán la historia de la historiografía socialista de las ideas?

Vía Foucault, Terán percibió lo que Romero jamás problematizó con claridad: el poder como filigrana secreta de las ideas. Los intelectuales analizados por Romero continuaban trabados en la lucha entre las tendencias de ideas emancipatorias y las regresivas. La visión histórico-filosófica de Terán abandonó gran parte del encantamiento del Progreso, aunque como socialista debía conservar un resto de esperanza. Pero lo que para Romero era una apuesta (la lucidez reformista de las élites ilustradas), un Terán que había leído bien a Nietzsche la vertió en una sospecha, a saber, la del doblez que habita en toda enunciación. En suma, Terán aportó a la historiografía socialista la interpenetración del poder y las ideas, disolviendo una cierta ingenuidad que la había

caracterizado. Esa novedad ciñe en un hilo conductor sus trabajos sobre Sarmiento, Alberdi, Cané, Quesada, Ingenieros, Bunge, y también es lo que prima en su versión de la intelectualidad radicalizada de las décadas de 1960 y 1970. Aquí no dispongo de espacio para analizar la manera teraniana de leer: su rastreo de las vocaciones explícitas o auto-reprimidas en que las ideas expresan tendencias de dominio, a veces con derivaciones horribles, pero sin resignar la breve luz que el pensar emancipatorio puede oponer a lo siniestro inscripto en su propio ser. En esta inclinación, Terán se acerca al último Foucault, revisionista de su primera imagen de la *Aufklärung*.

Quizás también pueda ligarse con la perspectiva socialista la preocupación de Terán por las síntesis historiográficas y la divulgación, aunque admito que el lazo es débil. No puedo dejar de señalar la posibilidad de que su esfuerzo por ofrecer amplios frescos de la trayectoria de las ideas (cuadros que explícitamente quiso emular de sus antecesores: Ingenieros, Korn y Romero), matricial de sus últimos escritos, estuviera motivado por el iluminismo reformista. En tales escritos, como el dedicado al *Facundo* de Sarmiento o la recopilación de sus clases universitarias sobre las ideas argentinas, palpaba la búsqueda socialista de una palabra que contribuyera al debate público, que aportara miradas críticas para una comprensión más precisa, y posiblemente más progresista, de los dilemas de nuestra realidad difícil.

Coda

El recuerdo de Oscar Terán será más que una rememoración de lo ido si alimenta lo naciente. Imagino a una nueva generación intelectual azuzada por su infatigable reclamo de rigurosidad y reflexión. Sin embargo, creo que lo esencial estará situado en otro plano del deseo intelectual de Terán: en la fascinación por la resistencia de las ideas emancipatorias ante la tiranía de los poderosos. Justamente él, quien se preocupó como pocos por las dialécticas negativas que podían adoptar las certidumbres atenuadas a cuerpos doctrinales macizos e irrevisables, defendió la iluminación que, a pesar de todo, las ideas podían ofrecer en la noche oscura del absolutismo. El nombre preferido por Terán para esa cualidad crítica de las ideas fue el de *esperanza*, vector de un futuro abierto y no de una vida trágica e inexorable, que de joven había creído hallar en el cielo de la revolución, y más tarde rastreó en la tierra de la reforma.

El gran tema de la preocupación intelectual de Terán fue el infausto devenir de la vocación revolucionaria argentina. Sin embargo, no fue un tragicista. Creo que se debía una elaboración del empleo de la noción de tragedia. Incluso

dudo que se ajustara del todo al "activismo pesimista" foucaultiano en el que alguna vez se reconoció.

Por la esperanza depositada en la guía de las ideas críticas, había fantaseado, al calor de una palmaria identificación, con escribir un relato novelado sobre Diego Alcorta, el profesor de filosofía de la Universidad de Buenos Aires en los tiempos de Juan Manuel de Rosas. De Alcorta, dedicado a la difusión de la teoría en una época capturada por antagonismos irreconciliables, confesaba Terán, "a quien imagino enseñando en aulas desiertas la doctrina de los *idéologues* en medio de la degollatina...". Así lo veo todavía hoy, advirtiéndonos a los jóvenes escritores con deseos maximalistas los pliegues del poder que habitan en la noción histórico-filosófica de revolución. Quizá dispusiera de la experiencia, tan lejana de nuestras aspiraciones de cambiar todo en una sublevación popular, para alertarnos contra ciertas complacencias imaginarias. Mas la disonancia jamás quebrantó una certeza: en él escribía y hablaba un intelectual socialista.

Obras de Oscar Terán mencionadas

- José Ingenieros, *Antiimperialismo y nación*, México, Siglo Veintiuno, 1979, introducción y selección por OT.
- Aníbal Ponce: *el marxismo sin nación*, México, Pasado y Presente, 1983.
- Discutir Mariátegui*, México, Folios, 1985.
- En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986.
- Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Alberdi póstumo*, Buenos Aires, Puntosur, 1989, introducción y selección por OT.
- Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- [Ed.], *Escritos de Juan Bautista Alberdi: el redactor de la ley*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.
- Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004, coordinado por OT.
- De utopías, catástrofes y esperanzas*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2006.
- Para leer el Facundo*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007.
- Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales (1810-1980)*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008.

Otros autores citados

- INGENIEROS, J., *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, Rosso, 1918 y 1920. 2 vols.
- KORN, A., Alejandro, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Claridad, 1936 (1912, 1919, 1936); "Nuevas bases" (1925), en *El pensamiento argentino*, Buenos Aires, Nova, 1961.
- ROMERO, JOSÉ L., *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1946; *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo Veintiuno, 1976.

PASAJES Y FRONTERAS

POR María Pía López

Al retornar después de varios años a los textos del intelectual peruano con motivo del centenario de su nacimiento, no percibí que me exponía a verificar una vez más que la historia había sido escasamente benévola con los hombres y mujeres de mi generación y de mis ideas.

Oscar Terán, *Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista*

Alguna vez, lo escuché a Oscar Terán reivindicar la distancia incrédula. Elogiar el pasaje de la pregunta por la verdad de una idea a la interrogación por los modos en que se formulaba. Pasar de la filosofía –siempre exigida de esa otra responsabilidad, siempre presuntuosa de su capacidad de asumirla– a la historia, con su prudente aseveración de que nada es definitivo y que aquello que los hombres viven como verdad no es otra cosa que la creencia que, tarde o temprano, será abolida por otra. El historiador suele ser una suerte de agua-fiestas que llega ya para advertir que lo que se festeja como invención reciente estaba inscripto en las capas anteriores de la vida humana, ya para señalar que todo es pasajero. Es el recuerdo de la relatividad de aquello que el creyente, el hombre político o el filósofo tienden a atesorar como verdad.

Terán quiso ser ese tipo de historiador, incluso cuando se abocaba a tratar los momentos de las más intensas creencias. Incluso cuando debía considerar, como ocurrió en *Nuestros años sesentas*, su propia biografía de creyente. Lo hacía con la conciencia de la dificultad y por eso en ese título resplandece el posesivo. El aire con el que lo pensaba –aunque no sus utensilios teóricos– era weberiano: sus escritos están salpicados de referencias al lugar desde el cual se enuncian, lugar biográfico y político, como único resguardo para aspirar a una suerte de objetividad.

Llamó a sostener una “actitud laica”, que permitiera tratar los temas de los que se participa, en distintos sentidos, como un etnógrafo antes que como un hombre comprometido con los núcleos en disputa que portan las ideas. Hay algo de improvisado en su modo de constituirse como historiador de las ideas. Y quizás en esa improvisación –que le impide moverse con plena comodidad en el oficio– resida el mérito de su obra. Quiero decir: Terán subrayaba su descubrimiento de la historicidad de las creencias, los valores y las ideas, al mismo tiempo que desperdigaba datos sobre la inscripción temporal y territorial de sus investigaciones, como si debiera ser pensador y a la vez historiador de su propio pensamiento, como si debiera ser historiador y a la vez cronista de su historiografía.

Parecía no dejar de ser lo bastante creyente como para prescindir de la aclaración persistente de esa creencia. No era un historiador despojado, capaz de presentar la secuencia de las ideas en su correspondencia, antagonismo y finitud. Más bien se trataba de un hombre al que la conversión a un tolerante relativismo se le presentó como decisión historiográfica. La suya es, así, obra de frontera. Con los sellos aduaneros incluidos.

Alguna vez le pregunté a Oscar Terán por qué la recurrencia en escribir sobre José Carlos Mariátegui. Y contestó que le producía ternura, que se identificaba con la dolid biografía del peruano, que veía en el origen plebeyo de aquel intelectual rastros de su propia experiencia vital. Sospecho que no hay otras razones en la definición de una empresa de investigación que esas con-mociones personales, impactos de afinidad, de simpatía o de airada confrontación. O mejor dicho: hay otros motivos, que hacen a las zonas de financiamiento o de incentivos institucionales, pero no son, en general, los que redundan en interpretaciones potentes y singulares.

Terán llegó a Mariátegui por simpatía y también por una peculiar travesía biográfica: fue el exilio durante la dictadura su momento de descubrimiento de América Latina, ausente en la tradicional comprensión de los intelectuales nacionales que preferían el dúo Argentina/Europa para pensar los flujos de circulación de ideas y escrituras. Mariátegui había escrito que por los caminos de Europa descubrió América –y se hacía eco del norteamericano Waldo Frank–; su historiador señaló que el exilio mexicano le hizo “atender a esos saberes latinoamericanos”. Irónico dirá: “beneficios secundarios de las expatriaciones”.

Si el primer pasaje es el de la filosofía a la historia de la filosofía (o más genéricamente, de las ideas), el segundo que se consuma en paralelo es el de las razones de la política a los motivos biográficos. Por eso la importancia del exilio en la formulación de esa búsqueda: se sale de un territorio en el que la

política es exigencia cotidiana e impregna todos los aspectos de la vida para habitar una situación en la que los dilemas de la subjetividad se colocan en primer plano. Cuando Terán apela al laicismo se trata de una ascesis frente a la política. Y antes que el lector apasionado condene tal ascesis hay que recordar hasta qué punto fue productiva, permitiendo hallazgos temáticos, lecturas innovadoras y respetuoso trato de textos que muchos otros descartaban por peligrosos.

La distancia procurada por el historiador frente a la condición política de un vasto conjunto de textos políticos le permitió abonar un camino hacia una reflexión que permitía considerar aquella condición con criterios menos inicuos. Haciendo una suerte de justicia en la lectura del pasado que permitía revisar las condenas de los tribunales de la antigua política. Pero hacer esa justicia era un movimiento que no carecía de politicidad. Obra de frontera, también en ese sentido.

El relativismo del etnógrafo se ligaba a la tolerancia del liberal democrático. Al ser ésta una estación reciente y no una napa constitutiva, no lo llevó a los ejercicios condenatorios habituales en gran parte del liberalismo frente a ideas que parecían riesgosas para ese mundo de tolerancias. Eso le permitió tratar ciertos temas como el del sorelismo en Mariátegui o los del pensamiento vitalista en general sin los carteles de alarma que los señalaban como insumos fascistas. Pudo nombrar esos pensamientos sin rendir en los nombres ningún tributo a las puniciones vigentes. “Modernos intensos” o “modernismo revolucionario” fueron los términos con los que consideró la sensibilidad vitalista y experiencias culturales afines en distintos artículos.

Al hacerlo abría el camino hacia un trato menos crispado respecto de la relación entre filosofías de la vida y política. Mientras Luckacs, Hobsbawm, Sternhell o entre nosotros Sebreli habían visto en esas ideas el “asalto a la razón” que funcionaría como presupuesto para las políticas reaccionarias; el historiador etnógrafo las pensaría como formas extremas de la modernidad experimentadas desde países periféricos, y también como condiciones para pensar la singularidad regional.

En las páginas de Terán, Sorel no es agitado como el espantajo de una confusión peligrosa sino como la condición que posibilita a Mariátegui dislocar la temporalidad liberal y, al hacerlo, descubrir los rasgos distintivos de su situación nacional. Es más que eso: es lo que permite “la *tractabilidad* del marxismo a la realidad peruana”. Sitúa en el centro lo que otros lectores del escritor peruano habían condenado como desvío o confusión momentánea. No hay pregunta por la adecuación a una verdad que se presume, a una *doxa* establecida,

sino que el historiador rastrea huellas de una obra peculiar. Mucho se descubre en ese camino que Terán recorre sin condena pero también sin entusiasmo. O con un entusiasmo acallado, soterrado bajo las lenguas teóricas.

Escribió sobre Mariátegui por lo menos en tres oportunidades. En 1985 publicó un libro de fuerte originalidad: *Discutir Mariátegui*. En él organizaba la obra del autor de *El alma y el mito* con la idea de una periodización que debía iluminar los distintos momentos pero sin ocultar las hebras que hilaban unos a otros –contra lo que el propio Mariátegui había creído al condenar sus escritos juveniles como olvidables. Exhibió allí los modos en que ciertas ideas o tópicos se van transformando por el choque con otras ideas o por la modificación de las circunstancias históricas. Al año siguiente incluyó en la compilación *En busca de la ideología argentina* una versión de un artículo escrito en 1980 sobre la cuestión de la nación en el pensamiento mariateguiano para contrapuntar la ausencia de esa cuestión en el marxismo criollo. Y en 1995 hizo pública –en *Punto de vista*– una nueva reflexión: “Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista”. Más tarde incluiría al peruano entre los modernos intensos y no dejaría de aludir a su obra en distintos escritos sobre historia intelectual.

En el libro y los artículos Terán reitera el vaivén entre la afirmación de una relación personal con la lengua investigada y la apelación a un lenguaje que repica en su formalización y enfatiza la distancia con su objeto: como si el modo de tratar lo que aparece como “entrañable y admirable” requiriera pinzas especialmente diseñadas para alejar al investigador de la lengua que investiga. Escribe: “toda esta problematización debe desembocar en un registro preciso del conjunto de premisas anteteóricas que habrían operado como reglas de posibilidad para la tematización o ceguera frente al objeto nacional” (*En busca de la ideología argentina*) o “uno se pregunta por la extraña conjunción de condiciones preteóricas y reglas categoriales” (*Discutir Mariátegui*).

¿Por qué el uso de ese lenguaje para interpretar lo que considera “una especie de ‘hecho maldito’ del marxismo latinoamericano”? La idea de hecho maldito –de ineludible origen en la consideración de Cooke sobre el peronismo– alude a una fuerza de dislocación que resulta inclasificable, ¿por qué imaginarla aprehensible desde una lengua de tal rigidez? ¿Se trata de una doble fascinación: con la obra que se toma por objeto y a la vez con un lenguaje teórico que venía de la mano del Foucault de *La arqueología del saber*? ¿O es el intento de conjurar la primera fascinación con su conversión en objeto distante? El énfasis en la periodización y en el despliegue de este tipo de categorías, la atención sobre “reglas” y “objetos” son los caminos de evitación del ensayo,

la presunción de que es posible formular una escritura que lejos de adherirse al movimiento –ya sea por la mimesis, la afinidad o la confrontación– de las ideas a las que refiere los sitúe como superficie de disección. Este es el tercer pasaje de Terán: el del ensayo a la ciencia. Como los otros: inconcluso y frágil.

Permanece, también en ese punto, en la frontera. Oscilando entre escribir “premisas anteteóricas” y “hecho maldito” en las mismas páginas. En los momentos en que la distancia triunfaba su escritura se presentaba con neutral austeridad. Lo he preferido cuando fracasaba, cuando no lograba disolver en “reglas” ni “objetos” la relación con un conjunto de textos, autores, ideas; cuando sus pinzas se revelaban utensilios de adorno o engalanamientos para un mundo intelectual cada vez más atravesado por las lógicas de la pertenencia institucional y aceptador de las jergas que las academias disponen para recorrerlas.

Su insistencia en la distancia, aunque productiva –como he querido señalarlo en estas páginas– fue también un obstáculo para desplegar un trato más vivo con los textos del pasado. Es posible que sus fantasmas fueran los de un Martínez Estrada y que se aproximara a ciertos escritos con el temblor del que los percibe en su incesada respiración, pero escribía como si ese temor pudiera controlarse al tratarlos como “objetos de estudio”. Si hubiera sido sólo un historiador aplicado a los objetos pretéritos nos interesaría menos. Pero no habría sido Oscar Terán –con la singularidad que porta su obra– si hubiera asumido su condición de lector martinezestradiano, preocupado por la verdad de una idea antes que por el contexto de su enunciación.

DOSSIER

TENTATIVAS SOBRE
UN LIBRO DE OSCAR TERÁN

POR Javier Trímboli

En busca de la ideología argentina es un libro clave. Publicado en 1986, este primer libro impreso en la Argentina de Oscar Terán reúne nueve escritos producidos entre 1980 y 1985, varios de los cuales ya habían conocido estado público en versiones previas. El efecto de conjunto que produjeron, y aún hoy producen, es sin dudas contundente, al punto de que en buena medida gracias a él alcanzó legitimidad esa zona acaso incierta de la producción historiográfica que se ha dado en llamar historia de las ideas. El carácter de *En busca de la ideología argentina* se conforma alrededor de un singular campo de fuerzas que hace posible la recepción de las ideas que llegan del pasado hasta ese momento presente. ¿Qué hacer ante ellas en esa coyuntura presuntamente signada por el final de la dictadura y el reinicio de la democracia? ¿Qué trato dispensarles? O, mejor, ¿a cuánto estar dispuesto en ese trato, más aún cuando a algunas de esas ideas ya se las había frecuentado bajo el imperio de otras pasiones?

En el trazado de un primer mapa es posible reconocer la presencia de tres vertientes que, aunque sin contaminaciones evidentes, se plasman en estos escritos. Así las obras de José Ingenieros, Alejandro Korn, José Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce permiten pensar en un diálogo con al menos fragmentos de una tradición de pensamiento –por supuesto me refiero a la socialista– que, postergados sino ignorados durante los años de intensidad política revolucionaria, no habrían sido entonces engullidos por esa experiencia. Es buscando una explicación al hecho ostensible de que ésta y no otra haya sido una de las principales compañías con que contara Oscar Terán en los primeros años ochenta; es en este camino que se vuelve tentador imaginar que aquello que le interesa al convocarlas es hallar núcleos de sentido y valor que hayan sobrevivido a la tragedia reciente y que de esta forma sirvan como anclaje para nuevos posicionamientos políticos y culturales. Probablemente algo de esto

sea cierto –sobre todo a propósito de la obra del autor peruano y de Korn y la “libertad tolerante”–, pero lo es sólo de manera acotada. Tal como se deja ver en 1986, la inquietud de Terán por la producción y la trayectoria intelectual de José Ingenieros no puede ser enmarcada como una tarea de rescate de valiosas filigranas perdidas del pensamiento socialista. Es de otro signo el vínculo que a él lo une de manera perdurable.

No más nítido es el sentido de la exploración que *En busca de la ideología argentina* se vuelca sobre la empresa del positivismo, la segunda de estas vertientes de ideas aquí distinguibles. Porque si a riesgo de caer en una simplificación que no tolera esta obra, se puede inferir de esta otra relación la voluntad de encontrar los puntos de condensación de una tradición política e intelectual que imaginó y construyó una Argentina con fuertes exclusiones –son varias las marcas del texto al respecto–, esta sola constatación parecería no necesitar de un ejercicio tan meticuloso y sostenido como el que se le dedica. Por último, en el escrito más extenso que compone este volumen, “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950”, se despliegan y chocan entre sí enunciados provenientes, en lo fundamental, de la franja hasta ese momento reconocida en términos muy generales como de izquierda. Tal como Terán lo subraya en páginas supuestamente menores, que por causas atendibles no habían sido recorridas con detalle por la crítica, es alrededor del significado de la experiencia peronista que estos enunciados se crispan y se vuelven irreconciliables. Se trata sobre todo, se sabe, de los textos que en esa coyuntura habían quedado atrás en su propia biografía intelectual –textos que no le eran indiferentes y tampoco se le podían presentar como inofensivos–, y que revisita intrigado por la conjugación antiliberal que se apoderó de su pulso para colaborar en algún sentido a que ocurrieran “las desgracias entonces impensadas”. Desplazamientos ideológicos a primera vista similares a los producidos en Oscar Terán tuvieron lugar en tantos otros intelectuales en esos primeros años ochenta. Sin embargo en su obra –en particular en esta de 1986– la vuelta de página sólo alcanza un punto de resolución volviendo presentes una vez más a esas ideas que habían quedado atrás, incluso haciéndolo con obstinación y pulcritud.

La impresión entonces que nos gana ante un libro como éste es que su singularidad y su espesor no están dados por el índice de temas que aborda, sino ante todo por la forma y el tono que en él se imponen. Hay una observación de Hannah Arendt –pensadora que no figura entre las influencias que parecen orientar el movimiento sobre el pasado que ocurre en *En busca de la ideología argentina*– que quizá deje ver algo más de las fuerzas que aquí se congregan. Señala que “el campo de ruinas” en que ha devenido la cultura, aún cuando

puede presentarse como un fenómeno deplorable, presenta “la gran oportunidad de mirar al pasado con ojos a los que no oscurece ninguna tradición, de un modo directo”. Por supuesto, se trata de un problema mayúsculo –el de “La tradición y la época moderna”, tal el título del escrito de 1954– abordado a propósito de autores también mayúsculos. Así y todo, tengo la impresión de que la posibilidad de esa mirada directa sobre el pasado, que logre detectar zonas ambiguas eclipsadas hasta ese entonces por la autoridad de lo heredado, des- punta como pocas veces ocurre en estos escritos de Oscar Terán. La paciencia que aquí se hace presente –¿cómo llamar sino al esfuerzo invertido en recoger hebra por hebra, con evidente respeto, las ideas apenas sugerentes de Aníbal Ponce?– puede presumirse que haya nacido de vislumbrar algo semejante a esa “gran oportunidad” que anunciaba Arendt, la de mirar de modo directo y por lo tanto inédito cada retícula del pasado. Efectivamente, nadie había observado de este modo la obra de Alejandro Korn, ni siquiera José Luis Romero que prefirió otro tono y más aún otro detenimiento. El perfil nítido de José Ingenieros que surge de este libro sólo pudo existir por la pérdida de eficacia de las tradiciones que hasta ese entonces lo habían narrado.

Ahora bien, en la propuesta de Arendt no se trataría de derribar tradiciones –dado que éstas ya se encuentran caídas–, sino precisamente de mirar sin el efecto prolongado de sus sombras. Es inevitable contrastar que la perspectiva de Terán, que en este punto coincide con la de una coyuntura y una generación en su encrucijada, no está por entero subtendida por la seguridad de que las tradiciones hayan devenido tan sólo un campo de ruinas. Por empezar, y tal como lo decíamos, en el impulso que lo dirige hacia el positivismo es posible ver obrar a la voluntad de desactivar discursos y prácticas que difícilmente se podían dar por enterrados. En cuanto a la relación que lo liga a los textos “socialistas”, porque aun cuando los emplace como lejanos y extraños, está vivo en este acercamiento un afecto que no es sólo ni principalmente el que producen los escombros; afecto que lo lleva reconocerse en ellos, sino por sus contenidos, por la presencia de un ideal al que el autor se sigue encontrando ligado, o por el destino atrabiliario de esas obras arrastradas por rupturas. Respecto de los “rasgos de la cultura de los cincuenta”, no tanto porque los encuentre gozando siquiera de una salud maltrecha, sino porque es en este capítulo donde emerge con mayor claridad, aunque no de manera permanente, el emplazamiento de la mirada del propio autor en alguna zona del liberalismo. Por último en este sentido: si Hannah Arendt, una autora tan poco propensa al vitalismo –como sí lo son dos de los autores que Terán cita y utiliza, me refiero a Nietzsche y a Foucault– se deja ganar por el entusiasmo cuando

anuncia la "gran oportunidad" que se estaría abriendo una vez agotadas las tradiciones, nada de este humor puede hallarse en *En busca de la ideología argentina*. En una dirección opuesta, la sobriedad de lo "obvio" y lo "trabajoso" –son palabras introducidas por el autor– en cierta medida definen el tono de este libro.

En el significativo número 57 de la revista *Punto de Vista* de agosto de 1997 –número que lleva prácticamente por título "Cuando la política era joven"–, Emilio de Ipola recorre las torsiones políticas e ideológicas que lo implicaron, así como también es fácil inferir a Oscar Terán, en los primeros años ochenta. Señala entonces que "fueron años en los que cuestionamos con creciente vigor el discurso heroico y eufórico de los sesenta y más aún su "traducción práctica" en los setenta." A renglón seguido, en un movimiento notable de su reflexión, liga la inquietud que en el presente lo está asaltando –sobre todo ante el vaciamiento de la política convertida en una práctica sinsentido–, ya no con el consabido auge del neoliberalismo, sino con "la declinación del imaginario que habitó desde siempre a nuestra sociedad, con sus rituales, su espeso simbolismo y sus intensas pasiones políticas." El cuestionamiento incluso cruento de la experiencia de los años revolucionarios no habría sido entonces –es esto lo que se deja entrever– de menor importancia para el debilitamiento flagrante de ese imaginario de antigua data que hubiera podido poner freno a las nuevas catástrofes que se sucedieron una vez concluida la "primavera democrática". Así las cosas, ¿en cuánto concierne a *En busca de la ideología argentina* no sólo esa revisión de ideas sino esa declinación de mayor significado? ¿En cuánto ella alcanza expresión aquí? Si nos atenemos al aliento que explícitamente lo sostiene –"contribuir al ajuste crítico de una sociedad que hoy debe arreglar cuentas con su vieja conciencia mitológica"–, así como a los muy débiles núcleos de valor político que reconoce, la respuesta a estas preguntas debería ser afirmativa. Subrayo un pasaje relevante al respecto. A propósito de Alejandro Korn, al dar cuenta del "panorama filosófico desolador" de los años '30 en los que también se inscribe su producción, se señala que "el desencanto, la desorientación y el derrumbe han sin embargo movilizado intensamente un pensamiento que no recorría las líneas conceptuales de la filosofía". Se refiriere a las intervenciones de Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Arlt y Mallea. Aun cuando era en esa otra zona de la reflexión donde se jugaba lo más rico de un imaginario –cosa que Terán sabía de sobra– su libro se impone seguir por estos otros caminos, trabajosos, obvios. Es nuevamente afirmativa la respuesta que nos vemos obligados a encontrar a partir de la inquietud suscitada por el imprescindible artículo de Emilio de Ipola, en algo la declinación de ese "espeso imagi-

nario" le concierne. Y lo es sin dudas aunque nuevamente nos gane la impresión de que si nos contentamos con este diagnóstico cierto pero tan general –¿podría haber habido escrituras entre 1980 y 1986 que eludieran esa situación? Si las hubo, ¿eso las hace más valiosas y justas?–, tampoco estamos llegando a encontrar el temperamento que domina a este libro en su relación con las ideas pasadas.

Dos breves anotaciones más al respecto, para que no queden en el tintero. Primero, lamentablemente sólo una sospecha: ¿acaso las obras de Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Arlt y Mallea habrían sobrevivido indemnes al tono y a la forma propios de Terán que en particular se tornan visibles en este libro? No se trata otra vez de una cuestión de contenidos; tampoco ese "espeso imaginario" encontraría su mejor definición sólo ni principalmente por ellos. El segundo: agrega de Ipola en su artículo que la revisión de las ideas sostenidas en las décadas previas, experiencia que para él mismo fue "indolora", sólo para unos pocos fue "desgarradora". Sin contar con elementos suficientes para afirmar que Terán se encontró entre esos pocos –asunto que en sí mismo no tendría un significado seguro–, me interesa marcar no obstante la huella que sobrevive en la "Presentación" a la hora de nombrar el movimiento que en él se esta produciendo respecto del pasado y sus ideas, huella que se imprimirá sobre los escritos que a continuación leeremos. En la insistencia que lo lleva a aludir tanto al "derecho irrenunciable de los hombres a modificar ideas y sistemas de valores" como, a través de la expresión de Nietzsche que sirve de epígrafe, a "los nobles traicioneros"; en esta insistencia que es también variación tensa habita, sino un desgarrar, un ánimo muy distante al del "creciente vigor" en el cuestionamiento, desgarrar que sin embargo lo que sigue del texto no precisa volver a actuar de forma explícita.

Si me interesa volver sobre *En busca de la ideología argentina* es porque probablemente no haya muchas producciones en las que se pueda palpar como en ésta el efecto de los gélidos años de la dictadura sobre las ideas y, más aún, la inmensa debilidad de los años del gobierno de Alfonsín. Lo notable es que Terán no rehúye a esta marca que nada tiene de primaveral –no hace manobras para eludir la clave de ese tiempo que fue algo más que una coyuntura–, pero al mismo tiempo se hace cargo del trabajo de reponer las ideas que habían sido heredadas. Trabajo que es inmenso en ese instante en que la palabra patria, así nos lo dice, había empezado a sonar terrible, y en el que las ideas a ella ligadas estuvieron a punto de ser abandonadas sin más. Porque, insisto, la operación que en buena medida gobierna a este libro no busca invitar a acuerdos o desacuerdos con las ideas, sino a desgranarlas con cuidado tembloroso.

Las restablece, quizá como nunca antes habían lucido, pero mucho más para que las contemplemos que para inducirnos a la amistad o enemistad con ellas. *Vigencia sin significado* es la figura que según Giorgio Agamben da cuenta de nuestra relación contemporánea con la Ley en tanto que tradición. Los momentos más notables de este libro, que son mayoría, se entregan a representar esta posición, que tanto habla de las posibilidades más promisorias de una cultura como de sus límites atormentadores.

Por último, conversábamos con María Pía López sobre la relación por lo menos trunca que existió entre Terán y la obra de Martínez Estrada. Noto sin embargo que su producción existe sobre la base de una distancia respecto de las ideas que llegan del pasado que dificulta toda amistad, no sólo con el autor de *Radiografía de la pampa*. Distancia que no convendría emparentar con ese *pathos* que admiraba Nietzsche, tampoco, claro está, con la indiferencia académica, sino, siguiendo con la sugerencia de Agamben, con la del campesino de *Ante la ley* de Kafka, distancia que es también espera. Así y todo, mientras que Martínez Estrada llamaba a leer con miedo los materiales de nuestra cultura, casi como la única lectura genuina posible, el miedo es otra de las marcas que se hacen presentes en este libro y lo hacen aún más notable. La incomodidad que se percibe en las páginas de *En busca de la ideología argentina* nace de la percepción inquietante de que entre las ideas que llegan del pasado ya no podremos hallarnos en nuestra propia casa, han dejado de ser refugio para erigirse como otra cosa. Sin embargo, una vez más, Terán no puede sino permanecer atento a ellas, a la espera.

La última oración del libro contiene una glosa sin velos del Angelus Novus de Klee y de Benjamin, que aunque ya célebre, me permito agregar, quizá muchos descubrimos en esta página. La referencia es notable sobre todo por la torsión que Terán le introduce. Entrando a la década de los sesenta y alentados por las ideas que habían hecho suyas, los actores de esta historia desplegaron sus alas agitadas por un viento que, unos y otros en posiciones distintas sino irreconciliables, creyeron que era el de la Historia y que les pertenecía. No hay aquí melancolía en el ángel, ni paisaje de ruinas. Sólo la constatación, que sólo puede surgir del sobreviviente, de que el viento los estrellaría un día. Oscar Terán es sencillamente en *En busca de la ideología argentina* quien repone con trabajosa minuciosidad ideas que hicieron estrellar a los hombres. Y mira con respeto infinito.

344

DOSSIER

OSCAR TERÁN, UN PENSAMIENTO EN HUIDA¹

POR Matías Farías

¿Qué país es éste en que nos encontramos?
Sófocles, *Edipo en Colono*

“No sé lo que quiero, pero sé de lo que huyo”.² La frase la encontramos en alguna de las tantas entrevistas que concedió O. Terán en los últimos años, y en un punto pareciera difícil ponerla en serie con su obra historiográfica, ésa que insistía en diseccionar imaginarios intelectuales, escrutar representaciones y perseguir las derivas de las ideas argentinas. Sin embargo, a mi entender esa frase recorre enteramente su obra, más aún, la *preside*. En efecto, en la serie de libros que profusamente escribió desde los años ochenta hasta este año (esa serie que bien puede ser leída –así quiso que fuera el propio Terán– como aportes para el conocimiento de una época o como una contribución a la historia de las mentalidades), hay algo aún más importante y, ciertamente, peligroso: la construcción paciente, trabajosa, y probablemente imposible de un *pensamiento en huida*.

¿Se puede *pensar en huida*? Tal vez sería mejor preguntar si es posible pensar la Argentina (a ello se dedicó Terán todo este tiempo) de otra manera. En todo caso, entre la huida y lo que acecha, Terán construyó una obra enteramente habitada por diversas voces, que replican el movimiento de la frase: se escapan, se acechan, se desfiguran. Son las voces del exiliado, el científico y el trágico, en su versión moderna.

El exiliado y el científico. “Quiérase o no, estos trabajos –dice Terán en el ya famoso prólogo de *En busca de la ideología argentina*– son igualmente parte de una historia que, por colectiva, puede escribirse sin apelar a los narcisismos ilegítimos. En la última década, en el seno de una dialéctica de la intolerancia, muerte y violencia, cuyas causas efectivas son mucho más complejas de determinar de lo que cierto maniqueísmo supone, el gesto de la exclusión fue poten-

345

ciado hasta el paroxismo por la paranoia de un Estado militarizado que vio en todo lo Diferente el fantasma tras el cual se ocultaban las potencias mismas de la disgregación. Entonces renació para una porción considerable de la intelectualidad argentina la figura romántica del exilio”.³

La frase brinda la traducción más obvia de la expresión “no sé lo que quiero, pero sé de lo que huyo”: se huye de la cacería militar, del Poder con mayúsculas, del Estado militarizado-clandestinizado, y de todo esto que bien conocemos. En ese escape, se descubre lo Diferente, también con mayúsculas, signifique lo que ello signifique. En este sentido, su obra podría ser leída como una denuncia contra los “mecanismos del poder” para que, una vez reunidas esas evidencias, poder sostener así el “no trivial sentimiento de la esperanza”. Sin embargo, si el lector de Terán tiene permiso para sospechar de estas pistas apolíneas que no obstante a veces nos invitaba a transitar, es porque nunca queda claro en qué sentido las memorias que sus escritos efectivamente liberan conducen a la liberación misma del sujeto.

De aquí que el prólogo de *En busca de la ideología argentina* resulte un poco más inquietante: en él se condensan algunas de las tensiones que atraviesan la obra de Terán, y que tornan más compleja la traducción de la frase de Montaigne. Comenzando, sin dudas, por *la marca autobiográfica*, ésa que está inscripta en toda su obra⁴ pero que al mismo tiempo parece que se diluye ahí, absorbida por el furor de los tiempos, la majestad de la cultura (eso que “no vemos”, como solía decir), o la inclemencia de la historia. De algún modo ello está anticipado en el momento en que Terán dice “entonces renació para una porción considerable de la intelectualidad argentina la figura romántica del exilio”. En un punto, toda la obra de Terán se condensa en este movimiento (y en los avatares de este movimiento). Quiero decir: en el movimiento que le permite decir al exiliado que el exilio es una *figura romántica*.

¿Qué implica este movimiento? Lógicamente, que el yo escindido del exiliado, ése que se sostiene en la imposible coincidencia entre el sujeto y el objeto, la historia y la política, el cuerpo y la patria, ya no puede pensarse a sí mismo como una figura conceptual e históricamente contingente al interior de una unidad mayor y más rica que lo contiene, se trate ésta de la Historia, la Revolución o la Nación misma: para el exiliado los tiempos de la dialéctica se han ido por completo. Ahora bien, si el horizonte de reflexión ya no permite pensar la conciliación con el objeto, la política y la patria misma: ¿se puede seguir pensando? Y si se puede: ¿qué significa pensar? La respuesta es tentadora para cualquier lector de Terán: la idea de objeto, la idea de política y la idea de nación. En fin, *las representaciones*: el exilio es una *figura romántica*.

Entonces: ¿estamos frente a un exiliado o frente a la representación de un exiliado? Estamos, nuevamente, frente a una tensión, pero que se desplaza: el yo exiliado aparece absorbido por el yo que objetiva del científico. Es el movimiento que permite la apertura a la historia de las ideas, porque sólo el yo científico, *que en principio es cualquier yo*, es el que, sobre el abismo ahora entrevisto entre el sujeto y el objeto, y en el que emerge el universo simbólico de las representaciones, puede formular las “preguntas metodológicas” claves que Terán siempre lanzaba, resumidas en la más investida de sospecha: “¿quién habla?”⁵

Ahora bien: ¿quién pregunta ‘quién habla’? Si lo hace el científico, es porque ha traspasado un umbral, un límite: el de las condiciones de posibilidad de enunciación del sujeto-objetivado, esto es, del sujeto-objeto a quien interroga. “El exilio es una figura romántica”: si lo dice el científico, entonces ha emergido una voz que traspasando los límites de su objeto puede indagarlo, constituirlo como tal e incluso demostrarle que por su boca habla el imaginario romántico.

Hasta aquí hemos dicho que el científico trabaja habiendo traspasado los límites de enunciación de su objeto. ¿Todos los límites ha traspasado esta nueva voz? No todos y hay algo que esta nueva voz no indaga, esto es, que no negocia: la democracia entendida como el “reconocimiento de las otredades”, tal como dice el propio Terán en el mismo prólogo de *En busca de la ideología argentina*. Sabemos, de todos modos, que lo que no es susceptible de duda lleva el nombre de *mito*, pero ello no es inconveniente para que trabaje el ideario del científico (y no sólo por la obvia razón de que el mito se encarga siempre de explicar lo que la ciencia no alcanza a explicar): el mito es en este caso lo que impulsa a establecer un límite entre el exiliado y el que habla del exiliado, entre el sujeto y el objeto, entre la historia y la política, en fin, entre el pasado y el presente. El mito sería aquí lo que empuja.

Pensemos bien, de todos modos, este asunto. Si el mito democrático permitiera, pues, que el científico haga su trabajo, si el mito democrático es lo que impulsaría a aferrarse al nuevo presente, entonces el hiato, la escisión propia del exiliado, no perdería dramatismo pero tampoco sería lo “otro” del científico, sino un momento insospechadamente enriquecedor de esta última mirada. O dicho de otro modo: ¿los tiempos de la dialéctica se han fugado? Sí, pero hay un Terán que nos dice que es él quien fuga de esos tiempos. ¿Es posible esta fuga? Sí, en la medida en que la experiencia misma de la escisión pueda ser racionalizada como un descentramiento productivo: desde México se puede comprender la Argentina. De esta manera, reitero, el hiato propio del exiliado se transfiguraría en la distancia entre otros dos sujetos vinculados por una

relación de conocimiento: el que actuó y el que piensa por qué se actuó como se actuó; entre el que creyó en ciertas creencias y el que sabe el destino funesto en que derivaron esas representaciones; en fin, entre el político que junto con toda una generación decidió matar para alcanzar el bien mayor y el científico que se interroga por las razones que hicieron posible esa decisión abismal.⁶ Esta nueva distancia no sería necesariamente gozosa, porque estamos, claro está, en presencia de un pasado *traumático*. Sin embargo, aún así cabría sostener el “no trivial sentimiento de la esperanza”: la frase “no sé lo que quiero, pero sé de lo que huyo”, más que la enunciación de una fuga, significaría ganar espacios de libertad más satisfactorios para la nueva democracia y en este sentido, el trabajo de la historia para la vida consistiría en asumir la misión terapéutica-iluminista de dar cuenta del carácter histórico –y por lo tanto, removible– de aquello que sobrevive como *trauma*, para de ese modo domeñar lo que amenaza con repetirse eternamente.

Sin embargo: ¿qué ocurre si, por el contrario, el mito democrático, ese que empuja al científico iluminista, pronto se carcome y el sujeto objetivado, que más que Oscar Terán ya podemos llamar “Argentina”, no es tan sencillamente domable? En ese caso, ya no podríamos decir que el exiliado es un momento que el científico integra y supera, sino más bien lo inverso: el científico es una estación en esta fuga interminable del exiliado. Si esto es así, estaríamos cabalmente acompañando a un pensamiento en huida, sitiado por un pasado que acecha y un presente que no ofrece la dádiva del mito, en un escenario donde las fronteras entre el pasado y el presente se desdibujan y ya no sabemos si habla el científico o habla el exiliado.

En este contexto, “no sé lo que quiero pero sé de lo que huyo” adquiere un significado muy distinto, y aquella distancia que establecía el historiador con su objeto reclama otras matrices de pensamiento, capaces de pensar de otro modo el vínculo entre lo que limita y lo que excede. ¿Por qué? Porque en esta instancia el propio pensar en huida ha adquirido la *estructura misma de la tragedia*, en la medida en que la *huida remite persistentemente a aquello que la provoca*. Por eso la tragedia del yo que afirma que el exilio es una *figura romántica* consiste en que cuanto más quiere objetivarse y, en tanto tal, perderse como “yo”, más tiene que retornar sobre sí; cuanto más se coloca en las infinitas representaciones, más obligado está a preguntarse quién es el que representa; en fin, cuanto más busca colocarse en otro, más se vuelve sobre sí. ¿Por qué? Porque precisamente no puede colocarse en otro: si el presente *democrático no transfigura* al exiliado, si el presente no tiene la suficiente *fuerza política para rebautizarlo*, entonces su única ligazón con su tiempo es el

espanto de lo que ha sido, de lo que ha ocurrido y de una historia en que ciertamente se han excedido demasiados límites. En este punto, *pensar en huida para Terán* es pensar ese espanto, pensar aquello que lo hace huir, en fin, pensar su propia historia, nuestra historia. Por eso pensar en huida es imposible (no es posible huir de sí mismo) y al mismo tiempo es lo único que puede pensar el exiliado.⁸ No puede ser casual que el historiador que escribió toda su obra a partir de la “post –sartreana” estrategia (por llamarla de algún modo) consistente en “destronar” al yo del cetro de lo real, sea al mismo tiempo el intelectual más autobiográfico; tampoco lo es que aquel escritor que más énfasis puso en el análisis de las “representaciones”, sea asimismo el más autoreflexivo.

El destiempo: “Villa Olvido” ¿Quién escribe, entonces, cuando escribe Oscar Terán? ¿Escribe el científico que incorpora y supera al exiliado, o escribe el exiliado por boca del científico?

En el punto sin dudas más alto de *Para leer el Facundo*, Terán se detiene en el análisis de una escena que, con bastardillas obviamente, define como *trivial*. Es la batalla de Chacón. *Conocemos la escena, aunque nadie se haya detenido en ella*. En un punto de cruces que remite al *universo trágico*, y habiendo sido ya derrotado en La Tablada, Facundo Quiroga elige el camino más desfavorable: marchar hacia Mendoza donde se agrupan los coraceros de la civilización, comandados por el general Videla Castillo. Tiene todas las de perder, y sin embargo, triunfa. ¿Por qué? Porque Facundo actúa con imprevisión y nadie espera tamaña irracionalidad; porque los generales unitarios imitan a Europa, pero no *traducen*; y porque, en definitiva, son tan bárbaros o más bárbaros que el propio Facundo y por eso, en lugar de presentar batalla con la infantería, lo hacen con la caballería: quieren luchar cuerpo a cuerpo y allí cabalmente van al muere. ¿Resultado? Triunfan, una vez más, los bárbaros. Terán concluye: “El *Facundo* deja planteado de este modo otro tema que seguirá generando ecos a lo largo de toda nuestra tradición cultural: Argentina contiene una civilización de superficie que esconde una barbarie profunda”.⁹ *Una barbarie profunda*.

Con un poco menos de dramatismo, también leemos que Alejandro Korn, haciendo suya la sentencia orteguiana que declaraba caduca a la *ciencia positiva*, sueña con investir a la filosofía de una misión especial: ser la portadora de un *ideal* que conjugue la *libertad creativa* con la *justicia social* y la *justicia social* con la *tolerancia*. Es en vano; poco tiempo después el peronismo hará suyo varios de estos tópicos *espiritualistas*, pero para confinar a los herederos del reformismo universitario –los hijos de Korn– a un espacio político mucho más modesto del que seguramente aspiraban: la “universidad en las sombras”.

¿Ironía, tragedia o dimensión irónica de la tragedia? Por lo pronto, *la nueva constatación de que los iluministas llevan todas las de perder en las pampas* (en una de las últimas entrevistas, Terán confesaba que estuvo tentado de escribir una novela que tuviera como personaje a Diego Alcorta; la trama era obvia: el profesor ilustrado dicta clases en medio de la barbarie. No se animó a escribirla porque no confiaba, nos dice, en sus "dotes literarias". La novela, de todos modos, habría sido redundante: toda su obra historiográfica puede entenderse como capítulos en entrega de esta historia).

Sigamos. Aníbal Ponce, con las herramientas culturales más prestigiosas de Occidente¹⁰, no está capacitado para pensar lo que Terán sugiere que debía pensar: la nación. Y cuando logra pensarla, está en el exilio y muere pronto. ¿Ironía, tragedia o dimensión irónica de la tragedia? Por lo pronto, un problema severo para el marxismo argentino a la luz de lo que va a venir después; pero al mismo tiempo tal vez un homenaje a la generación que quiso, ella sí, cruzar marxismo y nación. Un homenaje que va a estar acompañado, ciertamente, por el exorcismo.

El espejo invertido de Aníbal Ponce, Mariátegui, construye en cambio un pensamiento desde el atraso y justamente porque piensa desde ese lugar es que logra articular marxismo y nación, tradición y modernidad, las luchas del indígena y las del proletariado. Aún así, paga un precio demasiado caro por su clarividencia: precisamente porque comprende todo, los marxistas lo sancionan y los seguidores de Haya de la Torre lo acusan de "europeizante". Así, se queda sólo, postrado y muere pronto –el dato final (que Terán siempre retoma cada vez que tuvo oportunidad de escribir sobre el autor de *Los siete ensayos*) de que quiere viajar a la Argentina momentos antes de su muerte opaca aún más las cosas: con esa opción ni siquiera queda claro que el propio Mariátegui supiera lo que había sido capaz de ver. ¿Ironía, tragedia o dimensión irónica de la tragedia? Por lo pronto, otra agria constatación: *los que comprenden no pueden actuar y los que actúan no pueden comprender*.

¿Todavía más? *Buenos Aires fin-de-siglo* corona una serie de inquietudes que habían surgido durante los años ochenta y que privilegiaba como temática central el problema de las representaciones asociadas a la idea de la nación. Allí encontramos un Terán que, en el modo más eminentemente científico, disemina por todo el texto una serie de clasificaciones: nacionalismo con cepa criolla aquí, con base autóctona allá, los que siguen queriendo la mezcla, los que ya no la quieren y los que la quieren sin mezclarse. En fin: grillas, posibilidades bien finitas de combinación, e ideologías como "cárceles de larga duración"; en esos términos, Terán diseña el imaginario intelectual al interior del

cual se forjaron algunas de las ideas de nación que tuvieron no poco impacto durante el siglo XX.¹¹ Sin embargo, abruptamente las figuras analizadas en el texto (Cané, Ramos Mejía, Bunge, Quesada e Ingenieros) se tornan anacrónicas y Terán, luego de citarlas y de extraer de sus frases sentidos ampliados que facilitan que nuestra atención se detenga en ellas por un tiempo que largamente excede el que (con la excepción de Ramos Mejía) sin duda merecerían, las liquida así en las tres últimas páginas finales del libro: "J. M. Ramos Mejía moría en el año límite de 1914, cuando la guerra incendiaba Europa y aquí el general Roca advertía contra las consecuencias caotizantes del sufragio universal. Bunge, 'cuando ni sus más allegados lo preveían, el 10 de Mayo de 1918 se confesó y recibió la comunión de manos de monseñor Terrero, quien se la había dado por primera vez allá en su lejana infancia'. Murió el 22 de Mayo de 1918, a los 43 años de edad. Quesada sufriría, a partir de su posición pro germánica en la Primera Guerra, una marginalidad que ya no lo abandonaría hasta su muerte en 1934. Donó los 80.000 volúmenes de su biblioteca al Estado alemán y se recluyó en el autoexilio en una residencia suiza a la que puso por nombre 'Villa Olvido'. Y el que tal vez se salva de la pronta muerte intelectual, nos referimos a José Ingenieros, no logra esquivar empero la inesperada muerte física: "en esa vía activa, lo sorprenderá en 1925 la muerte joven que había proclamado desear para no estar expuesto a las claudicaciones de la vejez".¹²

¿Ironía? ¿Tragedia? ¿O dimensión irónica de la tragedia? Más bien exilios: Terán escribe los mejores capítulos de la historias de las ideas argentinas, los mejores que se han escrito en este último tiempo aquí, con esta clase de materiales. Y de tensiones; el libro donde asume de manera más eminente la voz de la ciencia, en el libro más grillado, más, si se quiere, *contextualista* (y por ende, aquel donde las fronteras entre el pasado y el presente aparecen de manera más nítidas), es el mismo que le devuelve una respuesta insospechada al que pretende indagar los tiempos idos salvaguardando la distancia crítica: *en épocas de aburrimiento dramático*¹³, esos otros que llamamos pasado pueden resultar nuestros mejores contemporáneos. De aquí que Terán busque a los *modernos intensos* que brillan por su ausencia en los tiempos "descafeinados" de la posmodernidad¹⁴; de aquí también que encuentre, en esas figuras mortuorias que para el autor de *Bs. As- fin-de-siglo* fueron los fundadores del imaginario nacional moderno, los contornos de unos personajes que comparten intensamente, aún más que la adscripción a la "cultura científicista", el hecho de pasar rápidamente a vivir a *destiempo*.

¿Quién escribe, entonces, cuando escribe Oscar Terán? ¿Escribe el científico que incorpora y supera al exiliado, o escribe el exiliado por boca del científico?

Escribe el exiliado que, asumiendo el rostro del científico, termina escribiendo los mejores capítulos de la historia de las ideas argentinas *en clave trágica*.

Argentina como híbrido. ¿Por qué hay tragedia? Volvamos al análisis de la batalla de Chacón, donde Terán dice, ni más ni menos que invocando a Sarmiento, que “un mal plagio civilizado más un error bárbaro no se neutralizan, sino que da lugar a más barbarie”. Se trata de un pensamiento profundo, a tono con lo que Martínez Estrada señala en los primeros capítulos de su ensayo más célebre, en el que sostenía que la Argentina era el sueño de un conquistador implantado en un medio bárbaro. Para ese Martínez Estrada, también *un mal plagio civilizado más –en este caso– un medio bárbaro no se neutralizan*. Lo dice allí mismo, en la escena que inaugura el ensayo: el conquistador quiere a Trapalanda, quiere los tesoros de la civilización y está dispuesto a dar su vida, a sacrificarse. Cuanto más busca este ideal, más se aleja de la tierra: al depositar sus expectativas de realización en otra parte, está sentando las bases superestructurales del colonialismo. Inseguro, de todos modos, en su propia patria, *desprecia* toda evidencia que desmienta esas expectativas. El pobre resulta para él su peor gualicho, en un país que imagina superabundante. Por eso tiene que negarlo, con la misma fuerza con que perseguirá, matará y violará a la mujer del indio. ¿Resultado? Cuanto más avanza en su “proyecto”, más trabaja contra sí: violando todos los límites, se ha convertido en el más bárbaro de todos.

La Argentina para el Martínez Estrada de *Radiografía de la pampa* era la persistente reiteración de esta escena. Había que retroceder ante ese país producto de una mala hibridación, pero con otra clase de miedo que el del conquistador: no se trata del miedo burgués que impulsa al exterminio, sino de un miedo trágico, que al provenir del fondo de los tiempos, *obliga a retroceder*. ¿Por qué? Porque si se junta lo que no debió juntarse, entonces se desencadena la tragedia, los límites son transgredidos y se *toca lo intocable*.¹⁵ De esta forma, el *híbrido* constituye la sustancia de lo trágico y lo trágico, la sustancia del pensamiento en huida. Con herramientas notoriamente distintas –jamás hubiera querido filiar su obra con la de Martínez Estrada–, Terán también pensó los años 60 y 70 argentinos como tiempos de *hybris*.¹⁶

¿Qué se mezcló allí? *El científico*, que ahora habla como *un poeta trágico*, responde: determinadas pasiones ideológicas “intensas”, y un contexto político asfixiante, dominado por el “bloqueo tradicionalista”. *Eso era lo que no debía mezclarse*. De este modo, las pasiones revolucionarias de los años 60 y 70, que incluso hubieran podido contribuir a un proceso de modernización

política y cultural en caso de que un campo político civilizado lograra amortiguarlas ofreciéndoles algún cauce institucional (así razona Terán en su texto clásico sobre esos años), se inscribieron sin embargo al interior de un territorio caracterizado por la proscripción del peronismo y la *reacción tradicionalista*, esto es, al interior de un medio bárbaro. El desenlace de la tragedia, entonces, era inevitable, y sólo queda discutir si comienza en 1966, 1969, 1973, 1974 o 1976.

Un trágico moderno. ¿Era inevitable? El final de *Nuestros años sesenta* formula dicho interrogante, como si la *clave trágica* anteriormente expuesta, y que claramente domina el libro, debiera sortear una *última* resistencia al argumento. Esa resistencia nos coloca, por fin, frente a la última estación del *pensamiento en huida*. ¿Por qué?

Pensemos bien este punto. Si el *poeta trágico*¹⁷ tiene razón, entonces podemos entrever una salida a la *maldición trágica*, esto es, podemos vislumbrar una manera de recomponer el equilibrio social y cósmico. *Sólo hay que saber que si los revolucionarios hubieran querido un poco menos, y que los militares argentinos hubieran sido algo (bastante) más civilizados, entonces no se hubiera mezclado lo que no debió mezclarse*. La idea, que parece obvia, dice sin embargo menos de los años 60 y 70 que de nuestros días: a modo de advertencia, la *enseñanza trágica* pretende persuadirnos de que el desenlace fatal del pasado debería transfigurarse en el ejercicio de la libertad responsable en el presente. Habría, así, una posibilidad de reconstruir el *equilibrio* de la Pólis.

¿De qué modo? Admitiendo que *la armonía social se sustenta en el saber que obliga a retroceder frente a determinados límites*. O como lo ha enunciado un gran filósofo argentino en estos días: *no matarás*. Y la condición de posibilidad que requiere adueñarse de ese saber consiste, ya lo sabemos, en *renunciar a la excepción*, esto es, renunciar a atribuirse la potestad de *transgredir el límite*. Ése es el saber que brinda la comprensión de la trama revelada y del que hay que apropiarse para preservar a la Pólis del desenlace trágico.

¿Por qué el poeta trágico puede revelar este saber? Porque conoce el desenlace de la trama, claro está, pero fundamentalmente porque la autoridad de su voz reside en que está contando la historia del *héroe trágico* que se atribuyó esa potestad, esto es, está contando su propia historia. *Edipo, pues, le cede la palabra a Sófocles*. Por eso no puede ser casual que el historiador que escribió las mejores páginas de la historia de las ideas argentinas sosteniendo que “somos hablados” por el símbolo sea, al mismo tiempo, el historiador más autobiográfico. Pero Edipo va a seguir hablando.

Descubierta la trama trágica sesentista, el poeta entonces la proyecta a la entera historia argentina, para así reclamar a toda la sociedad lo que él mismo se exige: *renunciar a la excepción* o, en palabras de Terán, *ajusticiar severamente* nuestra “vieja conciencia mitológica”. Si ella debería escuchar esta palabra, es porque su itinerario demuestra bien que no ha podido evitar que se mezcle lo que no debía mezclarse, y si ello ocurrió, es porque se ha atribuido recurrentemente la potestad de lo excepcional. Ése es el diagnóstico del *poeta trágico* y lo leemos bien en su obra, que en este punto dialoga de manera muy fluida con la de Halperín Donghi: *creyéndose excepcionales e igualitarios*, los argentinos hacen una revolución que los enorgullece, se modernizan, buscan reconocimiento en las sociedades “civilizadas” y no están dispuestos a asumir su profundo rostro sudamericano. Sueñan así con un *destino de grandeza* al que no renunciarán ni siquiera cuando las “señales” que envía eso que –no sin ingenuidad, diría Terán– llamamos “realidad” van en sentido contrario. Sin embargo, persisten y cuanto más pretenden mirarse en el espejo de la modernidad, más barbarie colectiva producen, definiéndose así el perfil de una sociedad que “avanza” sólo a partir de lo que excluye. El final trágico es conocido: *en la ciudad más ilustrada de Latinoamérica, la ESMA*.

El problema, sin embargo, no se agota aquí. En efecto, la advertencia del poeta trágico no tiene escucha y así es testigo de las “nuevas pestes” que asolan una Pólis que sigue, ya más recientemente, trasgrediendo los límites: *en la sociedad latinoamericana con mayores niveles de integración social, las “reformas estructurales” y el capitalismo más bárbaro*. El equilibrio social, ése que acompaña la muerte del héroe en la tragedia clásica, no se ha recompuesto. ¿Cómo no pensar en huida?

Pero ese “pensar en huida”, lo dijimos, posee asimismo una estructura trágica, porque su propia *tragedia* reside en que cuanto más reflexiona sobre sus actos, cuanto más, *en virtud de la enseñanza trágica, se ve obligado a responder* por ellos, mayores dosis de clarividencia adquiere de sí y de todo el cuerpo social, al precio, sin embargo demasiado alto, de perderse en la soledad que surge del peor acompañamiento. Se trata así de un *trágico moderno*, ése que, según la definición de Kierkegaard en *De la tragedia*, “al tener [...] una conciencia reflexiva, esta reflexión sobre sí mismo no sólo lo aísla del Estado, la familia, y el destino, sino que muchas veces lo desvincula de su vida anterior”.¹⁸

El trágico moderno, entonces, también es un exiliado. Ese es el sentido de su *desvinculación*. Sin embargo, aún así permanece indisolublemente ligado con aquella trama de la cual pretende distanciarse, porque esa trama trágica es lo que lo hace singularmente *argentino*, justo en el mismo momento que

argumenta, y ese es un momento fundamental del pensamiento en huida, que la nación es una *invención*. Y porque sabe la verdad del cuerpo social, pero no puede sino enunciarla desde una distancia que imposibilita su audición; o porque quiere ajusticiar su propio pasado, y lo juzga con notable severidad cada vez que vuelve sobre él, llegando al punto de valorarlo asumiendo la mirada de dos enamorados en una plaza de la ciudad de Buenos Aires durante los años sesenta¹⁹, o decretando lisa y llanamente su muerte invocando las tumbas de *El adolescente* de Dostoievsky²⁰, es que está *desvinculado*; pero cuanto más injusticia ese pasado, cuanto más intenta desvincularse, más ligado se encuentra con él, como bien lo muestra su libro de autobiografía intelectual, donde no puede dejar de escribir sobre ello. Esa ligazón con el pasado lo coloca asimismo dentro y fuera de su tiempo presente, porque habiendo renunciado a *convertirse en la excepción*, que es la condición para diferenciarse de todo este pasado nacional, se vuelve él mismo *excepcional en el presente*: sólo él y un puñado de sobrevivientes ha ejercido la necesaria “autocrítica”, en un país en que se siguen excediendo los límites. Y en el que la razones que dieron origen al marxismo (lo decía todo el tiempo) siguen en pie.

Rebeldía. Llegamos así a la pregunta decisiva: ¿por qué, finalmente, persiste ese pasado y, por ende, las condiciones que hacen posible *pensar en huida*?

Sabemos que, para responder esta verdadera esfinge nacional, Terán recurrió, una vez más, a la figura de la tragedia y a la de los *muertos sin sepultura*: es el pasaje de *Edipo Rey* a *Antígona*. El nombre “desaparecido” es la traducción nacional de ese pasaje y su presencia en el modo de la ausencia perpetúa indefinidamente en el tiempo la trasgresión de un límite realmente sagrado, que impide, entre otras razones, sostener una lógica de equivalentes entre los Rebeldes y los Inquisidores, a pesar de las renovadas voces que siguen arguyendo en este sentido y contra los no pocos actores de nuestra vida en común que han trabajado en todo este último tiempo para que devolverle un nombre humano a esa ausencia.

Sin embargo, hay todavía otro motivo para explicar la insidiosa persistencia del pasado –y tal vez sea éste el verdadero límite del pensamiento en huida, aquello que no puede decir pero que sin embargo dice todo el tiempo; aquel límite que lo hace posible, en tanto *pensar en huida* es retroceder justamente frente a este límite, pero también aquello que retiene algo del límite desbordado y que, *como resto, habilita aún la historia aunque los tiempos de la dialéctica se hayan por completo esfumado*. Ese *resto* es el que impide el cierre trágico y permite asimismo que el propio Edipo siga hablando; no encuentro aquí

otra forma de explicarlo que remitiéndome a la novela más profunda que un mortal jamás haya escrito, me refiero a *Los hermanos Karamazov*.

Allí, F. Dostoievsky le hace pronunciar a Iván Karamazov una idea abismal, que podemos resumir de este modo: *Si sufre el inocente, entonces hay que rebelarse*. Se trata de un pensamiento vanguardista, por el cual, en nombre de la Justicia, *uno quiere hablar en nombre de muchos*. No hace falta aclarar, nos guste más o menos esta revelación, que los capítulos más importantes de la política moderna están hechos con la sustancia de esta idea, y con sus avatares, crímenes, y despojos históricos. Tan poderosa es esta idea, que no es exagerado decir que toda la novela puede ser leída como el monólogo afiebrado de quien, habiéndola extraído en una súbita iluminación, debe sin embargo retroceder frente a los corolarios que se siguen de ella, para así decir: *no matarás a tu Padre, aunque sea el peor de los borrachos, el peor de los humanos y perpetúe un orden cuya reproducción implica el sufrimiento del inocente*. Hacerlo sería como tocar lo intocable.

El replicante del “Rebelde”, que está dispuesto a tocar lo intocable, es el “Gran Inquisidor”, quien, ante la presencia inesperada de un Jesús que ha retornado a la Sevilla del siglo XVI para operar la serie de milagros que desde hace rato aguardaban los humillados y ofendidos, decide enviarlo a la hoguera, no sin antes explicarle, a partir de una antropología absolutamente pesimista, que los hombres no podrían sostenerse en ese gesto de rebeldía; que prontamente se desquiciarían con el orden depuesto y que a partir de allí reclamarían para siempre la protección de los *panes*, de la *autoridad* y del *misterio*, que él mismo –él, que también razona de manera vanguardista, a tal punto que se dispone a corregir la obra de Jesús– se atribuye con exclusividad. Iván imagina, para el final de la escena, a un Jesús – hombre besando la frente del torturador. Pero ese final no está escrito.

Aunque no sea la única ni la tragedia más reciente, la historia argentina de estos días también puede ser leída a partir del monólogo interminable del rebelde que una y otra vez retorna sobre los *Pro*, pero fundamentalmente sobre los *Contra*, del crimen cometido, ante el silencio de unos inquisidores que no hablan y que, ya lo sabemos, nunca lo van a hacer.²¹ Este es el problema que, a mi entender, constituye el núcleo del *pensamiento en huida*. Por eso es imperioso acompañar este pensamiento, porque si los contenidos de justicia que el Rebelde reclamaba no se *transfiguran* y cobran vida en la sociedad, la democracia y el Estado nacional, Edipo no podrá ser enterrado y su voz seguirá sin acallarse, a menos que decidamos finalmente convalidar, con un beso a oscuras en la frente, el silencio frío, calculador, pero también “patotero”, también

desbocadamente pasional (es la peor de las mezclas) de nuestros terribles (y es la sombra más terrible) Inquisidores.

Notas

¹ Me gustaría dedicar lo que escribí a Leti, a mis compañeros de esta revista y a mis compañeros de trabajo.

² La frase Terán se la atribuye a Montaigne. La encontramos en TERÁN, O., “Las ideas y la crisis” (2000) en: *De utopías catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Bs. As., Siglo XXI editores, 2006, p. 141.

³ TERÁN, O., *En busca de la ideología argentina*, Bs. As., Catálogos, 1986, p. 10.

⁴ La marca autobiográfica aparece en casi todos los prólogos de sus obras e incluso en el artículo posesivo del título de su obra más conocida. Y también en el subtítulo y la foto de tapa del libro que recopila sus textos y reportajes no incluidos anteriormente en ningún libro: me refiero a “un camino intelectual”, título autobiográfico, por otra parte.

⁵ Las otras son: “¿qué dice?”; “¿cómo lo dice?”; “¿para quién?”, etc. Las preguntas aparecen de manera explícita en TERÁN, O., *Para leer el Facundo*, Bs. As., Claves para todos, 2007.

⁶ Y mientras el exiliado no puede suturar el hiato entre el sujeto y el objeto, el científico se constituirá justamente salvaguardando esa distancia, que siempre puede ser tematizada en clave escéptica –no hay conocimiento posible del real, no hay síntesis posible en lo real, sólo pueden asirse las mediaciones, esto es, las representaciones; o en clave irónica, que es la forma por excelencia de toda distancia. De todos modos, si los escritos de Terán pudieran entenderse como el pasaje de la escisión dramática que experimenta el exiliado entre el sujeto y el objeto, la política y la historia, el cuerpo y la patria, a la distancia irónica o escéptica en la que se coloca el historiador con su objeto en tiempos en que los dioses han huido, entonces Terán hubiera sido no más –ni menos– que un notable epígono de Halperín Donghi, que es el maestro de la ironía. Pero el científico Terán es un momento desplazado del exiliado.

⁷ En TERÁN, O., *De utopías, catástrofes y esperanza. Un camino intelectual*, Bs. As., Siglo XXI editores, 2006, se reúnen un conjunto de entrevistas que van mostrando bien el diagnóstico cada vez más sombrío que Terán ofrece de la democracia argentina, aún cuando ello en ningún momento suponga, lógicamente, el rechazo a los principios políticos que regulan nuestra vida en común desde 1983.

⁸ O para decirlo de otro modo: ¿los tiempos de la dialéctica se han fugado? Sí, pero hay un Terán que nos dice que es él quien fuga de esos tiempos. ¿Es posible esta fuga? No, si aun así, en México o aquí, Argentina sigue acechando.

⁹ TERÁN, O., *Para leer el Facundo*, op. cit., p. 43.

¹⁰ Ver, tanto para las ideas de Terán sobre Ponce como para sus ideas sobre Mariátegui, TERÁN, O., *Aníbal Ponce: ¿el marxismo sin nación?*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI editores, 1983; TERÁN, O., *Discutir Mariátegui*, México, Siglo XXI editores, 1981 y TERÁN, O., *En busca de la ideología argentina*, op. cit. Sobre la figura de Alejandro Korn, también este último libro.

¹¹ Hay, ciertamente, una novedad respecto a los textos de Terán que indagaban el imaginario nacional

de fin de siglo de los años ochenta: la pregunta en torno al lazo social. De ese modo, la idea de nación no es ya únicamente el rostro detrás del cual acecha el "discurso de lo Mismo", sino una inquietud que a veces asoma con alguna legitimidad, aún cuando Terán nunca dejará de evocar esta idea con múltiples sospechas.

¹² Las citas corresponden a TERÁN, O., *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Bs. As., FCE, 2000, pp. 305-306.

¹³ La expresión subrayada la encontramos en TERÁN, O., "Las ideas y la crisis", *op. cit.*, p. 143.

¹⁴ Ver TERÁN, O., "El destino sudamericano de un moderno extremista" en *Punto de Vista*, año 17, n. 51, 1995.

¹⁵ La expresión en bastardilla corresponde a O. Terán. Ver TERÁN, O., "Argentina: tocar lo intocable" en *Punto de Vista*, nro. 28, noviembre de 1986.

¹⁶ "Puesto que si la tragedia se desencadena con la *hybris* en tanto emprendimiento sobrehumano que viola las normas de la Polis o del Cosmos y que, como Edipo, junta todo aquello que no debía juntarse, y a partir de allí se despliega una serie de acontecimientos dramáticos que sólo a consumarse en una larga cadena de desgracias puede culminar en el reestablecimiento del equilibrio cósmico o social, es preciso preguntar *por última vez* (subrayado nuestro) a esos años qué fue lo que allí se "híbrido" al juntar aquello que no se debió juntarse". TERÁN, O., *Nuestros años sesenta*, Bs. As., Puntosur, 1991. No será ésta, sin embargo, la "última vez" que Terán interrogará esos años. Hay algo que resiste, tal como veremos.

¹⁷ Este apartado se sostiene sobre la distinción entre el *héroe trágico*, que es aquel que, queriendo liberar a la Pólis de las pestes que la asolan, transgrede sin embargo las leyes del cielo y de la tierra, y el *poeta trágico* quien, si bien reconoce el carácter excepcional del héroe, oficia su sepultura al extraer la enseñanza de que sólo con su muerte se recuperará el equilibrio cósmico, esto es, sólo con ella se repararán los actos provocados por la desmesura humana. La idea de que Terán narra la historia argentina reciente como si fuera "un poeta trágico" la encontramos en otra intervención sugerente de GONZÁLEZ, H., en: *Los días de la Comuna: Filosofando a orillas del río: Actas del Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales realizado en la Comuna de Puerto Gral. San Martín del 5 al 8 de noviembre de 1986*. Sin embargo, creo que González no detecta las tensiones entre el poeta y los restos del héroe trágico que seguirán hablando en la obra de Terán.

¹⁸ KIERKEGAARD, S., *De la tragedia*, Bs. As., Quadrata, 2004, p. 31.

¹⁹ Ver "Lectura en dos tiempos" en O. Terán, *De utopías, catástrofes y esperanza. Un camino intelectual*, *op. cit.* Es increíble cómo Terán en este texto reprime preguntarse, como mínimo, en qué andaban esos enamorados ese día soleado de domingo, esto es, si querían a Perón, si no lo querían, o si simplemente la "inocencia" del amor los preservaba de esa caldera que era Argentina en esos años.

²⁰ Me refiero al final de "Cambios epocales, derechos humanos y memoria" en: Terán, O., *De utopías, catástrofes y esperanza. Un camino intelectual*, *op. cit.*, p. 193. Nunca leí un texto en que de manera tan concluyente se pretenda sepultar -la palabra no es excesiva- un legado propio y generacional. Dostoievsky, por otra parte, es el maestro de la autorreflexividad.

²¹ O que, cuando balbucean lo que hicieron, no se les ocurre *responder* por tantos crímenes cometidos. Lo propio de nuestros Inquisidores es que no se hacen cargo, ni tampoco se arrepienten.